

(Este escrito fue publicado en el diario ZOCALO (ya desaparecido) de la ciudad de México, allá por los meses de enero-abril de 1957, durante breve incursión del autor por el periodismo. Lo transcribo tal cual -- con la retórica un poco exagerada propia del tiempo y de la edad (22 años) del autor--, 49 años después. Silviano).

“HISTORIA DEL PUEBLO OLVIDADO

Por SILVIANO MARTINEZ CAMPOS

Hay en Michocán un pueblo que por su pequeñez apenas merece el nombre de tal, pero esconde en sus límites más de tres mil habitantes emparentados entre sí, muchos como tú y como yo ciudadanos de esta gran madre que llamamos Patria. No quiero entretener tu curiosidad, el pueblo se llama ZIQUITARO; búscalo en el mapa y no lo encontrarás, tan pequeño es, mas búscalo en la lista de los más atrasados y sólo saldrá a buscarte sin que lo llames. Su ejido, para no mentirte o para excusar mi ignorancia, cuenta con varios miles de hectáreas cultivables, y si no dispone de agua para riego, recibe en cambio el del cielo cuando la estación se muestra propicia.

Hasta hace cinco años Ziquítaro gozaba de tranquilidad: los vecinos acudían a cultivar sus labores en completa paz, y llegaban por la tarde a gozar del descanso que les deparaba la quietud de su hogar o el cariño de sus pequeños, o frecuentaban la tertulia que por las tardes se forma en los pueblitos a cambiar impresiones de sus labores en un lenguaje pintoresco y a veces pícaro e intencionado. Pero vino a romper aquella paz la riña personal de dos sujetos, para encender la llama del odio y desatar los tristes acontecimientos que se han sucedido desde entonces dividiendo intereses y desmembrando familias.

A ese punto comienza la contienda: asesinatos a mansalva, horas larguísimas de sitio en pueblo y viviendas. Poco a poco se fueron distinguiendo dos bandos, capitaneados por apellidos opuestos, a los cuales han replegádose los vecinos sin derecho a la más absoluta imparcialidad. Con el tiempo la riña personal fue pintando caracteres de colectiva; pronto se establecieron las diferencias, agregándose a esto la desconformidad con el reparto de las tierras, y precisamente en un pueblo que si no las tiene sobradas, sí bastante a llenar la necesidad de todos sus habitantes.

Hasta hace varios días no había gobierno civil, cierto que resguarda fuerza militar, mas eso no ha impedido que a vuelta de esquina halle la muerte a un vecino, sin otro móvil que el de la venganza irracional. Ley, no ha habido otra que la de la pistola, y la juventud actual ha crecido bebiendo tan agria doctrina, por lo que se ha forjado en ella una especie de “machismo” destrampado que viene a recaer en sus consecuencias precisamente en los más humildes. De igual manera divide al pueblo en dos mitades aproximadamente una cortina (y la llamaremos de hierro para no apartarnos tanto de la moda), tras la cual nadie puede internarse a riesgo de ser derribado por las balas enemigas.

Endeble y biliosa su niñez ha crecido bebiendo el melancolismo y la expectación; son taciturnos los hombres, recelosos los jóvenes, las mujeres pálidas; y si últimamente se ha despertado un poco la conciencia de la libertad se ha debido al grito

desesperado del pueblo que en tanto tiempo aprendió a ser fuerte. Como consecuencia legítima de la contienda se desprende el que los hombres no puedan confiadamente acudir a cultivar sus labores, porque a salto de mata les puede arrebatarse la vida. Y es sentencia muy conocida la de que el mismo que se “echa” al muerto va a velarlo y a sepultarlo: tal anda la justicia; de donde se sigue el nivel económico anda rastrero, llegando a carecer a veces a veces los pobres de un mendrugo de tortilla, su diario pan, o de un caldo de frijol, su cotidiano alimento. La emigración a Estados Unidos es de lo más corriente, y es lo natural que los temperamentos pacíficos anhelan otras tierras abandonando las suyas, pues allí la vida es insostenible.

Sin escuelas hasta hace poco, sin brizna de letra por consiguiente, sin cultura, sin medios de comunicación, sin tranquilidad, sin paz, sin remedio al cuerpo y poca luz al espíritu, aquel pueblo físicamente hundido en una hondanada y moralmente embotado, permanece al margen del siglo XX y de los pueblos civilizados.

No creo sea imposible solucionar el problema; no creo falte en todo el Estado una persona lo suficientemente enérgica que tome a su cargo el gobierno de Ziquítaro, y lo domine con el rigor con que se domina una fiera si no cede a los medios que le proporcionen la razón y la moral.

Pero a mi triste entender lo más hondo de las raíces no está allí, imagino debe estar o nacer en un escritorio, a donde acuden los directivos de ambos bandos a exponer sus razones, y de donde los mandan contentitos a casa... para seguir riñendo.

Cinco años se cuentan ya de pleitos, y en cinco años han desfilado otros tantos individuos que no han ido más que a perder su tiempo o a gozarse unas vacaciones, porque nada han arreglado, mientras acá “nosotros” hablamos de libertad y no la conocen muchos pueblos humildes como éste; hablamos de justicia cuando el crimen se mira impasible; hablamos de prosperidad y la dieta de los pobres se resume a un mendrugo de tortilla y a un sorbo de caldo ralo.

Este es mi “cuento”. Quise llamarlo así porque lleva mucho parecido a una leyenda. Sabido de toda la comarca y mirado impasiblemente por todos, y de manera especial para los que pueden remediarlo, el cuento de Ziquítaro ha tomado visos de leyenda, pero de una leyenda productiva y a costa de la miseria y a costa de varias vidas. Si has leído esos cuentos de vaqueros del Oeste norteamericano que tanto gustan a nuestros niños, puedes forjarte igual idea de quel pueblo... y también ahí hay héroes... asaltan, asesinan, martirizan, atemorizan ancianos y espantan mujeres, pero lo único que no existe, como debe existir en toda novela policíaca, es la expiación del crimen y el castigo del culpable...”